

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL Dr. MANUEL BELTROY  
EN LA ACTUACION ESCOLAR REALIZADA ANTE  
EL MONUMENTO DE SARMIENTO**

Señor Ministro de Educación Pública:

Señor Embajador de la República Argentina:

Señor Director General de Educación:

Señor Presidente del Instituto Cultural Peruano-argentino:

Señores Maestros:

Queridos Escolares:

El Instituto Cultural Peruano-Argentino, recientemente fundado por un grupo de peruanos y argentinos, deseosos de estrechar los vínculos fraternales que, feliz e ininterrumpidamente, unen al Perú con la Argentina, como sus Andes paternos, al través de las tres épocas de su historia, desde tiempos inmemoriales, y que fueron sellados indeleblemente por el genio de San Martín y el generoso espíritu humanista de Sáenz Peña; inicia, jubiloso, el Homenaje que ha organizado y que nuestro país rinde hoy a la personalidad y la obra egregias de uno de los hijos más preclaros de la Gran República del Plata, "hombre representativo" y héroe de América y acabado tipo de nobleza y superioridad humanas, y se acerca reverente ante su imagen, con ocasión de conmemorarse el quincuagésimo aniversario de su muerte, a exornar el bronce que la perpetúa con el lauro y el olivo que se deben a los grandes salvadores, a los pacificadores de la tierra.

Nuestro Instituto, cuya voz traigo aquí, no ha podido empear su misión de acercamiento fraternal y de americanismo bajo más altos ni más significativos auspicios que deponiendo el tributo de gloria que el Perú rinde en el cincuentenario de su desaparición material al Prohombre latinoamericano Domingo Faustino Sarmiento, honra y prez de nuestra comunidad continental, al pie del bronce que lo immortaliza; que mostrando por guía y por ejemplo a la juventud peruana,—en momentos de desquicio y de extravío universales, en que parecen vacilar y estar a punto de arruinarse los cimientos mismos de nuestra sociedad y nuestra cultura,—al Grande Hombre, que con sus manos de titán andino y con su corazón de volcán cordillerano, amasó y mezcló la tierra y los peñascos de su país con la sustancia de los principios educativos de Europa y de Estados Unidos, convirtiéndolos, al calor de su celo apostólico y merced a su heroica constancia, en instrumentos magníficos de civilización.

Los grandes hombres—se ha repetido incansablemente—surgen en las grandes crisis de la historia y de la vida de sus pueblos, cual misteriosos custodios de su seguridad y de su progreso; preséntanse como esos fantásticos caballeros niveos de las leyendas himalayas, que, en las encrucijadas y al borde de los precipicios acuden, oportunos enviados, a orientar a los viajeros perdidos y a apartarlos de las simas horrendas. En tales momentos históricos se revelan; pero nó como nuncios y salvadores providenciales, sino como exponentes y productos de las fuerzas morales que organizan y modelan la sociedad y la encaminan a su meta, que es el bienestar de cada uno de sus miembros en armonía con el de todos, mientras las fuerzas de la destrucción y del desorden, que retienen, hacen retroceder y precipitan a los hombres a los abismos de la ignorancia, la barbarie y el crimen, como las fieras a Dante en la tenebrosa selva, encarnan, por su parte en los enemigos de la verdadera sociabilidad.

El insinto de conservación, la conciencia social, las energías culturales acumuladas y decantadas en su filtro, suscitan en los momentos críticos de las naciones, hombres capaces de contrarrestar y anular la obra maléfica de las fuerzas retardatarias, retrogradantes y obscurantistas y les hacen—nutriéndoles con su savia e inflamándoles con su fuego—triunfar de ellas, organizando y creando instituciones e instrumentos de defensa y fomento de la civilización.

Los caudillos y conductores del Mal, con arrestos falsamente heroicos, arrastrando huestes numerosas y combativas, que alucinadas o maliciosas, siguen sus engañosas banderas, podrán lograr momentánea victoria, poniendo en juego la violencia sorpresiva y la astucia; pero a la postre caerán vencidos, no por influjo de deidad alguna, sino en virtud de la vida organizadora, del espíritu civilizador, merced al esfuerzo de los paladines y defensores de la cultura, respaldados y sostenidos por el corazón y el brazo de los pueblos.

En el soberbio marco de una contienda épica semejante y en el panorama de la Argentina de los años de la Anarquía, yérguese con toda su estatura, no apolínea ni dionisiaca sino americana, Domingo Faustino Sarmiento, el Héroe civilizador, el Paladín de la Cultura, el Soldado de la Democracia, frente al caudillo bárbaro, al Conductor de la Ignorancia, al sanguinario autócrata Juan Manuel Rosas.

Pueden historiadores y sociólogos, más atentos al juego de los factores superficiales de la Historia que a la urdimbre profunda de las leyes que rigen la vida social, intentar la rehabilitación de los déspotas, como el Gran Mazorquero; pueden teorizar acerca de que su obra antisocial e inhumana sirvió de instrumento al proceso social, quebrantando oligarquías y levantando masas, mediante su

barbarie y su demagogia; o, por reacción, despertando y represando el anhelo de libertad y de justicia; limpiando con sus brutalidades la tierra de débiles y menguados; fraguando y soflamando los caracteres heroicos y libertadores; con su obscurantismo y su sensualidad fomentando anhelos de ilustración y de heroísmo; la verdad es que el saldo de sus regímenes de opresión y de injusticia grava muy onerosamente la cuenta de los pueblos que los padecieron; y que, en cambio de los dudosos beneficios que, voluntariamente o no, rindieron, agostaron o derrocharon innúmeras energías que, aprovechadas habrían enriquecido el caudal cultural dilapidado por aquellos tiranos.

Frente a frente al Gran Bárbaro, personificación y figura de los instintos primitivos y antisociales, de las tendencias regresivas, de los apetitos salvajes, de los egoísmos y concupiscencias de un cardillismo clánico y feudal, que se desatan a favor de la anarquía que sobreviene en la República Argentina, a raíz de la Revolución de Mayo, a causa de la desorientación política, fruto del desgobierno colonial y de la consiguiente falta de educación cívica del pueblo argentino; álzase, pues, la personalidad eximia y representativa de nuestro Héroe, digno hijo de su tierra natal, que en su sangre aduna el vigor y el temple de la raza hispana y el ímpetu bravío, el sentido de libertad y la hombría de los indios del sur, y que en su cerebro acumula, fortifica y decanta las ideas y los gérmenes de cultura, asimilados de las naciones civilizadoras, en todas las fuentes accesibles.

Es el Constructor magno que emprende la lucha contra el Tremendo Destructor, en un campo de batalla de trágica grandiosidad, con sus pampas infinitas como mares, sus sierras encrespadas y gravitantes cual gigantescas olas petrificadas, sus vertiginosos galopes de centauros ávidos de sangre y de cacería humana, sus ciudades entenebrecidas y ensangrentadas por el terror y las matanzas, bajo el ámbito inmenso de los cielos y el haz inmensurable de las tierras platenses, en medio de los aullidos feroces de los verdugos, de los gritos y gemidos de las víctimas que sólo cesan para hacer más solemne y sobrecogedor el silencio mortal en que se apagan. Es un duelo sobrehumano, digno de una saga antigua, de un cantar de gesta medieval: se diría Sigfrido luchando con el Dragón; Beowulfo, pugnando brazo a brazo con el monstruo asolador.

Acerquémonos al Héroe y veamos cómo nace de la tierra, a la manera de los árboles cordilleranos, que se alzan de sus vertientes con tallos endebles; sigámosle en su desarrollo, cuando, robustecido por los jugos de la tierra y por los vientos de ultramar, empieza a crecer y a echar raíces y ramas; acompañémosle cuando, a punto de florecer y dar sus primeros frutos, es azotado por las ráfagas de la tormenta que se desencadena sobre su país y, arrancado de su suelo por la fuerza mortífera, véese trasplantado a la otra

vertiente extranjera, donde arraigará y se nutrirá con la savia generosa de esa tierra; y admirémosle, por último, replantado ya, no en su terruño nativo sino en el rico solar platense, desplegando en el azul magnífico de su bóveda, como el cedro majestuoso, sus vastos ramajes, bajo cuya sombra protectora y materna han de vivir y prosperar no sólo los hombres que nacen y se crían entre los Andes, el Plata y el Atlántico, sino todos los hijos del Continente de Colón.

Acerquémonos a este Héroe civil nuestro, en quien encontramos todos los caracteres distintivos del verdadero heroísmo, al par que todas las virtudes más altas de nuestra estirpe—como los semidioses mostraban a la veneración de los helenos su magnífica humanidad embellecida y divinizada en sus propias efigies; acerquémonos al altar ideal que le está alzando, nó de madera ni de piedra; a la estatua que le erige, nó de bronce ni de mármol, sino de cumplimiento de sus doctrinas y realización de sus preceptos, nuestra América; con la actitud reverente del devoto que viene a rendir culto, pero también a acusarse de infidelidades y a prometer enmienda.

Cuando aún resuenan los clamores jubilosos de la libertad y brillan en todo su esplendor los fulgores del Sol de Mayo, nace en un oscuro rincón de San Juan de Cuyo un humilde muchacho, de un hogar más humilde aún. Sus padres son menestrales que deben ganarse la vida y la de sus hijos con el trabajo diario de sus manos: la madre, tejiendo en la pobre casuca; el padre, de peón y arriero. Es, pues, hijo del pueblo y, como los grandes libertadores, crece en la pobreza y en la necesidad.

El mozo lugareño recibe la educación rudimentaria que le puede dar su aldea; educación rudimentaria pero fundamental en aquella **Escuela de la Patria**, obra de la Revolución de Mayo, completada y sostenida por la de un ambiente hogareño, sencillo y sano. Aprenderá luego, al lado de un clérigo pariente su latín y su Biblia; pero habrá de escalar las demás gradas del saber primario con penoso esfuerzo. La suerte le frustra la prosecución de esos estudios en Buenos Aires, y desde entonces habrá de ser, a la vez que el de los otros, el maestro de sí mismo, sin escuela, colegio ni universidad; sin títulos ni grados, conquistando a puñados y a briznas, a saltos y tropezones, en el camino real y en la encrucijada, furtivamente y a cara descubierta, en el triste albergue del exilio, detrás del mostrador del tendero, en las breves o largas paradas del viandante, en el campamento del minero, sentado en el bufete del redactor, al calor del vivac del soldado, en el pupitre del maestro primario y normal, la ciencia y la experiencia, el arte y la técnica del educador, del periodista, del escritor y del hombre de Estado, oficios todos que aprendió y ejerció a conciencia y eminentemente.

¡Cuántos dolores y amarguras, cuántas tragedias íntimas, qué cúmulo de privaciones y alternativas de exaltación y de abatimiento, de despecho y odio, de desesperanza y rebelión, de desdén y de impotencia no debieron sacudir y estremecer esa existencia juvenil, como vendabales inclementes, en esos días de miseria y trashumancia, cuando lo asaeteaban la altanería de los poderosos, la barbarie de los mandones, la cobardía y la inercia de los subyugados, la malevolencia cínica e insolente, la necedad servil y taimada, la aplastante enormidad de los vicios políticos y sociales que abrumbaban a su patria!

Imaginémoslo, con un esfuerzo de comprensión y de amor, recorriendo los pasos de esa **vía crucis** que, empezando en el destierro de San Juan sólo terminará en el retiro de la senectud, un simbólico amanecer de primavera, allá en Asunción del Paraguay. Acompañémosle, con pía imaginación, en ese duro peregrinaje, tan semejante al de Alighiero, antes del retorno a la patria; y veámosle luchar valientemente contra el caudillaje y la tiranía nacientes en su lugarejo de San Juan; transponer los Andes con los suyos para escapar a las iras del caudillo local; retornar al terruño, desafiando al sicario y al verdugo; desterrado y asilado en la tierra chilena.

En la mesa del redactor y en la cátedra del maestro, al amparo de sus grandes amigos de Chile, crecen y se agigantan a nuestros ojos el periodista y el educador, los dos grandes ejes de su personalidad, los dos polos sobre los cuales giró su febril y fecunda existencia, los dos brazos con que cumplió su campaña de demolidor y constructor. El luchador intrépido ataca al Tirano y a sus secuaces, con una ofensiva ideológica que debía aislarlo y asediarlo en el campo de las conciencias, preparando la cruzada que lo derribaría políticamente en Caseros.

Escribió esta hazañosa lucha en su gesta magna que es el **Facundo**, cuyo protagonista visible es su adversario, el Gran Caudillo Gaucho, que señorea la amplitud y riqueza de la tierra platense, donde se mueven con altiva gracia de pastores bíblicos los hombres de campo, con elegancia y garbo los hidalgos de las ciudades, con ímpetu feroz los mazorqueros, con imperiosa arrogancia de condotieros Juan Manuel y Facundo, cuyo invisible adalid es el autor, que blande en cada línea y desde cada párrafo su flamígera pluma, que es lanza y es mosquete.

Para defenderse contra la maledicencia y la calumnia escribirá en Santiago sus **Recuerdos de Provincia**, diáfana pastoral autobiográfica, que dora el sol y crea el viento de las sierras; pero su pluma será entonces el pincel de Millet, no la espada de fuego del Arcángel.

Si el proscrito ha de mostrar su vida limpia e inmaculada, ante propios y extraños, para ser digno un día de guiar a sus com-

patriotas desde el solio supremo; si ha de combatir al tirano, para libertar a su país; deberá preparar también el plan de la reconstrucción de su patria sobre cimientos que no pueden ser otros que los postulados de la educación democrática. Habrá, pues, de estudiarlos, en su teoría y en su práctica. Y emprende viaje—viaje de inventor y comerciante del espíritu—a las naciones de América y Europa, donde se labora esa teoría y se cumple esa práctica. Hélo de vuelta ya, tras años laboriosos, con un cargamento inestimable de normas, de experiencias, de sistemas educativos, que ordenará en arquitectura propia, que pondrá al servicio del Gobierno protector y amigo y que transportará luego al territorio nacional. Ese nuevo mecanismo, que con ciencia de experto y cuidado de artífice, monta y pone en marcha, y que es la Escuela Primaria argentina, fuente de la salud y la pujanza de la nación platense, quedó expuesto a la admiración y al amor de la posteridad en su tercer libro capital: **De la Educación popular.**

Este bloque andino hecho hombre—tal como lo esculpió el cincel poderoso de Rodin—ha mostrado ya sus tres caras principales de periodista, escritor y maestro. Transportado a la patria, después de la caída del tirano y de la organización constitucional del 53, mostrará la faceta culminante del Estadista; del hombre de Estado, que pondrá la máquina administrativa al servicio de la Escuela Popular y la instalará para siempre en la estructura fundamental de la nación argentina.

Y el obscuro provinciano que, desde el toco pupitre lugareño, subió, orgulloso de su función de maestro y desdendiendo todo otro título, peldaño a peldaño, al bufete del periodista, y a la Escuela Normal, y de allí a Coronel del Ejército Libertador, y luego a la Gobernación de su provincia, y después a una Senaduría nacional, y más tarde a un Ministerio y, por último, a investir la Suprema Magistratura del Estado, sin sufrir el vértigo de las alturas, como los débiles y los fatuos, pondrá en juego todos los recursos y las fuerzas del gobierno para hacer de esa Escuela Primaria que concibiera e implantara, el instrumento de la Democracia de su país y de América.

Cuando baje de la cima del Poder, todavía le quedarán fuerzas y entusiasmos para seguir velando, por la consolidación y el ensanche de esa su amada Escuela. Sólo la Muerte, como a Lincoln su par, le aflojará la mano en el timón de la nave que, piloto tan bueno como el Capitán de Whitman, construyó leño a leño, armó y lanzó a las aguas, guió impávido a través de las tormentas y condujo a seguro puerto.

Ahora, la Escuela de Sarmiento es carne y sangre de nuestro régimen educativo, sus geniales anticipaciones son realidades comunes y sus pretendidas utopías—puesto que las utopías de los civilizadores son las conquistas del mañana—están a punto de ser los

moldes en que se vaciará y recibirá su nueva forma nuestra vida política y social; pero ¡cuánto hubo de sufrir y luchar el Maestro para realizar, proteger y difundir esa maravillosa herramienta de progreso y de perfección social! ¡Qué caudal de pasión y de idealismo; qué torrente de energía; qué constancia infinita; qué suma de esfuerzos espirituales y físicos debió aplicar al logro de tan alto ideal!

#### Jóvenes escolares:

Ahí le tenéis, macizo y recio, vigoroso y corpulento, redivivo por la magia del arte, tal como era en sus días de luchador y de apóstol, que fueron todos los de su larga existencia. Aferrado a la tierra como un titán, recibiendo de ella, al través de sus fibras y sus nervios, sus poderosas fuerzas y vibraciones, que en su cerebro de creador se transforman en ideas luminosas, en inspiraciones fértiles, en hechos trascendentales. Su apostura dinámica delata al constructor; la expresión de su rostro, contraído en una mueca sublime, al varón de profundas y nobles pasiones que confluyeron en una sola: la de enseñar; su gesto es del polemista que desmenuza los sofismas del bizantino, las argucias del cortesano, las calumnias del perverso; es, más aún, el del Maestro que persuade y que inculca; pero es, sobre todo, la del escultor espiritual, que, con sus cinco dedos crispados amasa la arcilla nueva de la humanidad, la juventud, para imprimir en ella indeleblemente con los principios civilizadores que predicó, la inconfundible marca de su genio de libertador y re-  
dentor.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

